

en que vivió. Y los lectores se asocian al propósito del héroe. Porque en este cuento, de una entonación fundamentalmente engañosa, colmado de hallazgos verbales, el preciosismo se confunde con la inocencia, y la inocencia adquiere por momentos ese carácter de extraña locura que es una de las formas de la lucidez.

El cuento a que acabo de referirme se llama «Austria», es una casa de la calle Austria, y todo en él funciona deliberadamente. Pero en «El corte», relato que da título al volumen, un incidente fortuito, que ya ha dejado de ser incidente y fortuito para los habitantes de Buenos Aires, un prolongado corte de luz eléctrica, conjuga la casa en que vive el protagonista y la casa del campo de Entre Ríos, a donde no había llegado todavía la electricidad, y en la que pasó los veranos de su niñez. A esta similitud nos acercamos paulatinamente. Todo, en «El corte», está trabajado en función del argumento. No hay imágenes gratuitas, por afortunadas que sean, y hasta los menores detalles encuentran su debida justificación en las páginas siguientes. La casa de Buenos Aires es una casa modesta, una «casa de protesta», como dice Sánchez Sorondo, flanqueada por desagradables y orgullosos rascacielos, y en esa casa se conservan algunos muebles que provienen de la casa del campo de Entre Ríos; a la luz de los faroles y las velas, que suple la luz eléctrica, los sillones de jacarandá, las mesas de caoba con tablero de mármol, los profundos espejos baudelerianos, se encienden y reviven como fantasmas; no es de extrañar entonces que el corte de luz despierte en el héroe del relato un pasado distinto del que creía recordar y que su memoria voluntaria pintaba con colores desleídos. Estamos pues ante una evocación afectiva del pasado, recuperado en privilegiados momentos de éxtasis, que ha suscitado un hecho casual. Pero el corte de luz, como el sabor de la magdalena mojada en la taza de té, quiere decirle algo más al protagonista. Este no se limita, como el narrador de Proust, a yuxtaponer el pasado al presente, a convertir la reminiscencia en presencia. El héroe del cuento, un hombre formal, es y quiere seguir siendo el muchacho que tenía catorce años en el campo de Entre Ríos, y su mujer es para él, y él quiere que lo siga siendo, la niñera que le hizo conocer por primera vez los misterios dichosos de la penumbra y del amor. Cuando el amanecer apagaba sin soplar la pobre luz de las velas, la niñera cerraba los ojos, como negándolo todo, y el muchacho tenía que retirarse a su cuarto hasta la noche siguiente. Ahora, ante el anuncio de que el corte ha terminado, el héroe sabe cómo habrá de conducirse, y se pregunta si la niñera, o su mujer, volverá, en cambio, a prender la luz. Otra vez más, como en el cuento anterior, el niño es el padre del hombre.

Por último, quisiera hablar del cuento de Sánchez Sorondo incluido en este volumen, que anticipó, para mí, el placer que habrían de darme los

demás relatos que hoy presento. Lo leí por el año pasado, incluido en una antología titulada *Últimos relatos*, algunos de ellos excelentes. El de Sánchez Sorondo, que ahora ha tenido la generosidad de dedicarme, se titula «Las dos muertes de la señora Blanca», y me llamó la atención por la sensación de verdad que trasuntaba. Su argumento consiste en un niño que pierde a su madre y necesita que transcurra una semana para darse cabal cuenta de su desgracia. Sánchez Sorondo ha tenido esa desgracia, perder a su madre, y en más de una ocasión se ha referido a ello, indirectamente en sus novelas, y directamente en un poema de su libro de versos, *Salpicón las más noches*, un poema en prosa conmovedor. Pero la sensación de verdad que trasuntaba el cuento no provenía de que se basara en un hecho real, porque el arte no reproduce la realidad, ni se logra imitándolo, como lo señala con tanta cordura Henry James en su relato *The real thing* (*La cosa cierta*); en ese relato de James, un artista, para representar con exactitud a una pareja de mundanos, tiene que rechazar a dos elegantes, que han condescendido a posar reducidos por su extremada pobreza, y recurrir a una modelo profesional y a un vagabundo italiano. Porque en el ámbito literario y artístico, las cosas ciertas nos parecen ciertas gracias al arte del escritor, que sabe prestar al hecho real lo que acaso le faltaba: su acento justo, sus virtudes sugestivas.

No hay realidad que sea previa a la obra de arte, y esta obra de arte, lejos de ser secundaria con respecto a la realidad, es la que cuenta primero, la obra original, la principal. De tal manera, el irónico cuento de James se relaciona con la paradoja de Wilde que sólo en apariencia es paradoja y que, aunque todos la conozcan, me permitiré citar de nuevo: la naturaleza imita al arte. Pues bien, en el cuento de Sánchez Sorondo, el niño se resiste a enterarse de la desgracia que le oculta primero y después le insinúa el nuevo aspecto que va descubriendo en las personas mayores: su desorden, su confusión, su dolor, su indulgencia, su caudalosa bondad. La única persona en quien confía es su gran amigo, el jardinero, y el jardinero se ha ido aquel viernes al anochecer y no vuelve hasta el viernes próximo. Y el viernes próximo, cuando llega el jardinero y le dan inopinadamente la noticia, el niño ve que sus ojos desbordan cólera, o pánico, o confusión; que la muerte empaña su mirada y se refleja inexorablemente en ella. Sólo entonces, como dice Sánchez Sorondo, al cabo de una semana, el niño lo sabe: su madre acaba de morir. Ha muerto en ese instante y en los ojos del jardinero. «Y ahora el niño comienza a tiritar de frío, y qué importa que lo vea su amigo, el jardinero, y que el llanto sea cosa de mujeres».

Como todos los cuentos de Sánchez Sorondo, «Las dos muertes de la señora Blanca» está llena de frases amigas de la memoria. Citemos, por ejemplo, la descripción de una fogata: «Un primer impacto de fuego pone las

hojas tiesas, rígidas. Al principio, tensamente aferradas a la vida, se revuelcan luego con desesperación y gimen y tiemblan y palidecen, y pronto la muerte las encoge, y ya exhalan el último estertor». Veamos otra: «Contra el muro de su casa, Juan vislumbra una figura humana que se oculta. Temme. Para volver, debe pasar por ahí. Apenas camina, descubre que es una pareja: no una, sino dos personas, que están luchando como para convertirse en una sola». Veamos otra: «Deja de hablar, se encoleriza, llora. Aleja de sí el tubo del teléfono y lo mira con pánico, como a una pistola negra cargada de peligro entre sus manos».

En suma, Sánchez Sorondo tiene gracia para escribir: lo que los españoles llaman ángel, o duende. Y ahora me permitiré, si no rectificar, ampliar una observación que hice al principio. Dije que los cuentos de Sánchez Sorondo respiraban juventud, lo que no quería decir alegría, ni mucho menos felicidad, porque la juventud no es forzosamente alegre, ni feliz. Pero hay una cualidad innata de la juventud, que los jóvenes generalmente ignoran que la poseen, y que es preferible que la ignoren, porque si la supieran se volverían vanidosos y la perderían. Esa cualidad que vemos en la juventud los que ya no somos jóvenes, o para hablar sin ambages, los que ya somos francamente viejos, es el encanto de la juventud. Bueno, los cuentos de Fernando Sánchez Sorondo que respiran juventud, respiran el encanto de la juventud. Y el encanto, como ha dicho Robert Louis Stevenson, es una de las cualidades esenciales que debe tener el escritor. Sin encanto, todo lo demás es inútil. Con encanto, lo demás viene por añadidura.

Una novela de aventuras*

La novela de César Aira que tengo el gusto de presentarles es un libro lleno de inteligencia y buen humor. La palabra presentar me parece un poco altisonante. A pesar de mis años y de mi relativa experiencia literaria, no soy quién para presentar a nadie. A presentar, prefiero conversar, o platicar, como dicen los mexicanos. Vamos pues a conversar o platicar sobre la novela de César Aira, y tratando de ser breves, porque después es muy posible que el mismo autor nos hable acerca de ella, y después, todavía después, nos espera un espectáculo de títeres que ha de ser bastante más ameno que las palabras a cuya lectura los someto. Aparte de sus méritos intrínsecos, la novela de César Aira tuvo para mí el atractivo de hacerme tropezar por primera vez en la literatura con un castrato. No he leído *S/Z*, el estudio de Roland Barthes sobre *Sarrazine*, un relato de Balzac incluido en el mismo libro, que según entiendo es la historia de un castrato.

* Revista de la UNAM, México, n.º 42.